

## LEON BATTISTA ALBERTI

- ❑ Los siguientes párrafos son tomados de GARRIGA, Joaquim (Ed.): *Fuentes y documentos para la Historia del Arte*. Vol. IV. *Renacimiento en Europa*.

### ***De re aedificatoria***

(Prólogo) (...) Si se encontrara algún arte de tales características que en modo alguno pudiera prescindirse de él, que al mismo tiempo conciliara lo útil con lo grato y con el decoroso, a mi juicio en esta categoría habría que situar la arquitectura, ya que, si bien se considera, resulta de lo más ventajoso tanto para la comunidad como para los privados, extraordinariamente agradable al hombre en general y por supuesto entre las primeras en dignidad.

Pero antes de proseguir creo que habría que explicar lo que debe entenderse por arquitecto. En efecto, no voy a compararlo con un carpintero, sino con los más cualificados exponentes de las otras disciplinas, pues el trabajo del carpintero es sólo instrumental para el arquitecto. Yo voy a considerar arquitecto a aquel que con método y procedimiento seguro y perfecto sepa proyectar racionalmente y realizar en la práctica, mediante el desplazamiento de las cargas y la acumulación y conjunción de los cuerpos, obras que se acomoden perfectamente a las más importantes necesidades humanas. A tal fin, requiere el conocimiento y el dominio de las mejores y más altas disciplinas. Así deberá ser el arquitecto.

Pero volvamos al tema anterior. Hubo quienes dijeron que habían sido al agua o el fuego los motivos originarios de que los hombres se reunieran en comunidad; sin embargo nosotros estamos persuadidos, considerando no sólo lo útiles sino lo indispensables que son un techo y unas paredes, que esto fue mucho más que determinante para que los hombres se congregaran y permanecieran juntos. Pero al arquitecto hemos de agradecerle, además de que nos procure un reparo confortable y acogedor contra los ardores del sol y los rigores invernales –y a pesar de no ser éste un pequeño favor–, sobre todo sus innumerables hallazgos, que resultan de una indudable utilidad, tanto privada como pública, y resuelven a la perfección y repetidamente las necesidades de la vida (...).

Paseos, piscinas, termas y obras similares; y podrían mencionarse también los medios de transporte, los hornos, los relojes y otros hallazgos menores pero muy importantes para la vida cotidiana. y también los medios para sacar copiosamente a la superficie las aguas subterráneas, aplicables a usos tan variados como indispensables; y además los monumentos

conmemorativos, los santuarios, los templos, los espacios sagrados en general, dispuestos por el arquitecto para el culto religioso y como legado a la posteridad. En fin, cortando las rocas, horadando los montes, terraplenando los valles, conteniendo las aguas marinas y lacustres, desecando los pantanos, construyendo naves, desviando los ríos, dragando las desembocaduras, construyendo puentes y puertos, el arquitecto no sólo proveyó a necesidades humanas temporales, sino que hizo expeditos los caminos hacia cualquier región del orbe. Esto condujo a que los hombres pudieran intercambiar mutuamente todo aquello que contribuía a mejorar la salud y el tenor de vida, como los productos agrícolas, perfumes, piedras preciosas, experiencias y conocimientos. Añádanse las armas ofensivas, los ingenios bélicos, las fortalezas y todo lo que sirve para conservar y reforzar la libertad de la patria, patrimonio y orgullo de la colectividad, y para extender y consolidar sus dominios (...).

Hasta aquí se ha hablado sobre la utilidad. Pero luego, hasta qué punto la actividad es gozosa y radica profundamente en nuestro ánimo se desprende entre otras cosas del hecho que quien puede permitírselo está continuamente pendiente de construir alguna cosa; si en materia de construcción llega a algún descubrimiento, muy a gusto lo cuenta e impulsado casi de natural se apresura a difundirlo en provecho de las personas. ¡Cuántas veces nos ha ocurrido, incluso estando inmersos en otras preocupaciones, que no podemos evitar que nuestra mente divague concibiendo alguna construcción! Y que además, viendo algún edificio construido por otros, enseguida recorramos con la vista y evaluemos cada una de sus dimensiones, y en la medida de nuestro ingenio discurremos sobre lo que se podría suprimir, añadir o cambiar para que la obra resultara más elegante, y espontáneamente lo comuniquemos. Y si nos aparece perfectamente resuelto y satisfactoriamente realizado, ¿quién no lo contemplará con el mayor placer y gozo?

¿Y quién ignora hasta qué punto los ciudadanos, en su patria o fuera de ella, obtienen de la arquitectura no sólo deleite y satisfacciones, sino también renombre? ¿Quién no se considera elogiado, por haber edificado? Además, estamos orgullosos de las casas donde habitamos cuando están construidas algo más concienzudamente de lo habitual. Si construyes un muro o un pórtico elegantísimos, con adornadas puertas, columnas y techumbre, los mejores ciudadanos lo aplaudirán y se alegrarán con ello enormemente, tanto por ti como por ellos mismos, porque habrán entendido que con este fruto de tus riquezas has contribuido considerablemente a la dignidad y esplendor tuyo, de tu familia, de tus descendientes y de toda la ciudad (...). No hubo ni uno solo de los más egregios y más sabios príncipes (de la antigüedad) que no considerarse la

arquitectura como uno de los medios más importantes para prestigiar su nombre entre la posteridad. Y dejemos ya este tema.

Hay que resaltar, finalmente, que la seguridad, la autoridad y el decoro del estado dependen en gran medida de la obra del arquitecto, gracias al cual nuestro ocio transcurre de modo ameno, placentero y saludable, nuestro trabajo con provecho e incremento del peculio, y todo lo demás fuera de riesgos y con dignidad. Considerando por consiguiente el gusto y la gallardía extraordinaria de sus obras, su necesidad, la utilidad y comodidad de sus hallazgos y el provecho para la posteridad, es innegable que el arquitecto merece ser honrado y estimado como uno de los mayores bienhechores de la humanidad.

Nosotros, pues, percatándonos de estos hechos, con el espíritu estimulado nos dispusimos a indagar muy cuidadosamente sobre este arte sobre su objeto: de cuáles principios deriva, qué partes lo integran y delimitan. Y puesto que hemos encontrado que estas partes son de variado género, casi infinitas en número, admirables en sí y de indecible utilidad – hasta el punto de que no podría especificarse qué condición de personas o qué sector del estado o clase de ciudadanos debe más que los otros al arquitecto, verdaderamente el inventor de toda comodidad: si el príncipe o los ciudadanos privados, si la religión o la vida profana, si el ocio o el trabajo, si el individuo en particular o la humanidad en su conjunto, si el individuo en particular o la humanidad en su conjunto -, hemos optado, por muchos motivos que resultaría prolijo exponer aquí, por recoger toda esta temática y tratarla en los presentes diez libros.

La organización de las cuestiones a tratar como sigue. En primer lugar hemos constatado que el edificio es como un cuerpo, y como todos los cuerpos constan de diseño y materia: lo primero es aquí producto del ingenio, lo segundo es resultado de la naturaleza; a aquél hay que aplicar la mente y el raciocinio, ésta necesita la obtención y la selección. Pero hemos visto también que ninguno de los dos, por sí mismos, alcanzan su objetivo sin la intervención de la mano experta del artífice que dé forma a la materia según el diseño. Y puesto que las finalidades prácticas de los edificios son variadas, tuvimos que indagar si un mismo tipo de diseño era adecuado para cualquier obra. Por ello hemos distinguido varios tipos de edificios. Y habiendo constatado la gran importancia de la conexión y de las relaciones mutuas de las líneas, que es el factor principal de la belleza, nos pusimos a buscar en qué consiste la belleza y cómo debe concretarse en cada uno de los tipos. Y ya que todos ellos presentan a veces defectos, investiguemos cómo podrían enmendarse y restaurarse.

Cada libro tiene un título según el tema que concretamente trata, entre esta variedad, del modo que sigue. Libro I: el diseño; II: los materiales; III: la obra o construcción; IV: obras de carácter universal; V: obras de carácter particular; VI: el ornamento; VII: el ornamento de los edificios sagrados; VIII: el ornamento de los edificios públicos profanos; IX: el ornamento de los edificios privados; X: la restauración de las obras. Libros añadidos: la nave; el erario; aritmética y geometría; qué conviene al arquitecto en su trabajo. Libro I: el diseño (cap. 1). Habiendo de tratar sobre el diseño de los edificios, recogeremos e incluiremos en nuestra obra lo mejor y más valioso de cuanto advirtamos que sobre ello escribieron los mayores expertos del pasado, y lo que observaron en la ejecución de las mismas obras. Añadiremos además algunos hallazgos, resultado de nuestro ingenio y de nuestros trabajos y cuitas en la investigación, que pensamos van a ser cierta utilidad (...).

La arquitectura en su conjunto se compone de diseño y construcción. En cuanto al diseño, todo su objeto y método consisten en hallar un modo exacto y satisfactorio para adaptar entre sí y conjuntar líneas y ángulos, con lo cual queda enteramente definido el aspecto del edificio. La función del diseño es, pues, la de asignar a los edificios y a sus partes una posición apropiada, una proporción exacta, una disposición conveniente y una ordenación agradable, de modo que toda la forma y figura de la construcción repose completamente en el mismo diseño. El diseño no contiene en sí nada que dependa del material; más bien es de tal modo que podemos reconocer un mismo diseño en variados edificios, en aquellos en los que se manifiesta una sola e idéntica forma, es decir, en aquellos cuyas partes, la colocación y ordenación de cada una de ellas, corresponden exactamente entre sí en la totalidad de los ángulos y de las líneas. Se podrán proyectar mentalmente estas formas en su integridad prescindiendo completamente del material: se conseguirá dibujando y definiendo ángulos y líneas exactamente orientadas y conectadas. Por todo ello, el diseño será pues un trazado concreto y uniforme, concebido por la mente, realizado mediante líneas y ángulos y llevado a conclusión por alguien ingenioso y culto (...).

(Cap. 2) (...) Indagando entonces si había algún factor que sirviera para cada una de las partes que hemos citado, se han hallado tres principios fundamentales perfectamente adecuados tanto para las cubiertas, como para los muros, como para todo el resto. Según ellos se requiere que cada una de estas partes sea: bien adaptado al uso al cual está destinada, y sobre todo muy sana; en cuanto a la robustez y a la duración, compacta y sólida e indestructible; y en cuanto a la gracia y la gallardía, elegante, armoniosa y adornada, por así decirlo, en todas sus partes (...).

Libro VI: *los ornamentos* (...) (cap. 2). Ciertamente se considera que la gracia y la gallardía emanan sólo de la belleza y el ornamento. Es por ello por lo que no hay nadie tan desgraciado y obtuso, tan rudo e inculto, que no se sienta intensamente atraído por las cosas más bellas, que no prefiera las más adornadas a todas las demás, que no le molesten las feas, que no rehuse todas las desaliñadas y sin terminar, y que no pueda indicar, cuando advierte defectos en la ornamentación de algo, qué es lo que le daría gracia y decoro. La belleza, pues, es algo principalísimo y debe buscarla con gran empeño sobre todo quien pretende que sus cosas resulten gratas. Son indicio de la gran consideración en que la tuvieron nuestros antepasados, juiciosísimos como eran, entre otras cosas los increíbles cuidados que prodigaron para adornar profusamente lo relativo al derecho, la vida militar, la religión y la entera actividad pública; como si hubieran querido dar a entender que todo ello sin lo cual la vida humana apenas cuenta para nada, una vez suprimida la magnificencia y la solemnidad de la ornamentación que daría reducido a una actividad vacía e insulsa.

Cuando contemplamos el cielo y sus maravillas, quedamos más encantados ante la obra de los dioses por la belleza que vemos que por la gran utilidad que le reconocemos. Pero, ¿por qué voy a seguir? Por todas partes podemos constatar cómo la propia naturaleza no cesa de engalanarse día a día con una delicia de bellezas, como por ejemplo con el colorido de las flores. Y si estas cualidades son exigibles a alguna cosa es a un edificio, que no puede carecer de ellas de ningún modo sin disgustar lo mismo a los expertos que a los profanos. En definitiva, lo que experimentamos ante un amontonamiento informe y desordenado de piedras no es sino una desaprobación tanto mayor cuanto mayor haya sido el dispendio de la obra, y detestemos el gusto de amontonar piedras irreflexivamente. Cuando una obra falla en cuestión de elegancia, resulta una nimiedad de poca monta el hecho de que satisfaga la necesidad, e insuficiente el que responda a la comodidad.

Además, la belleza de la cual estamos hablando es algo que contribuye enormemente a la comodidad e incluso a la duración del edificio. Pues, ¿quién no reconocerá que se siente más a su gusto cuando se encuentra entre paredes adornadas, que entre paredes desnudas? ¿Y qué otro medio más seguro podría hallar el arte humano para proteger sus obras de las agresiones de los hombres? En efecto, la belleza alcanzará incluso al enemigo devastador, templando su furia para que las obras resulten respetadas. Osaría decir más: no hay nada mejor que el decoro y hermosura formales para proteger una obra de la destrucción humana y preservarla ilesa. Conviene, pues, aplicarse con todo cuidado y diligencia y sin reparar en gastos para que la obra que se realice sea no sólo funcional

y confortable, sino también y principalmente bien adornada y asimismo muy grata a la vista, de modo que quienes la contemplen hayan de convenir que tal dispendio no podía haberse utilizado mejor que así.

En qué consistan en sí mismos la belleza y el ornamento, y en qué difieran entre sí, probablemente es algo que comprenderemos con mayor claridad con el ánimo de lo que yo podría explicarlo con palabras. Sin embargo, para ser breves, definiremos la belleza como la armonía entre todas las partes, en la unidad que conforman, según una determinada norma, de manera que no se pueda añadir o quitar o cambiar nada sin que quede desmejorada. Se trata de algo grande y divino, a cuyo objetivo hay que consumir todas las fuerzas de la habilidad técnica y del ingenio; y es insólito, incluso para la misma naturaleza, que alguien consiga producir una obra rotundamente impecable y perfecta en todas sus partes.

“¡Qué escasos son los bellos muchachos en Atenas!”, hace exclamar Cicerón a un personaje suyo. El, contemplando las formas, notaba en los individuos que desaprobaba algo de menos o de más de lo que requerían las normas de la belleza. Pero, si no me equivoco, utilizando adornos, o sea maquillando y disimulando lo que se presentaba contrahecho, o resaltando y puliendo lo más hermoso, se habría conseguido que lo poco grato molestara menos y lo agradable complaciera más. Si esto resulta verdad, entonces el ornamento será como una especie de belleza auxiliar, y como complementaria. De todo ello a mi parecer se deduce que la belleza es algo intrínseco y casi natural, difundido en el entero organismo que llamamos bello; el ornamento, en cambio, da la impresión de algo accesorio y añadido, en vez de natural. Pero prosigamos.

Quienes construyen pretendiendo que su obra sea alabada - y deben pretenderlo todos, si son juiciosos - han de regirse por una norma cierta; y realizar algo con una norma cierta es propio del arte. ¿Y quién va a negar que sólo con el arte puede conducirse una construcción perfecta e irreprochable? Por supuesto, esta misma parte que trata de la belleza y el ornamento, siendo primordial entre todas las demás, como es obvio se basará en una norma y un arte ciertos y constantes, que sólo los necios van a dejar de lado. Pero los hay que no estarán de acuerdo con esto, y sostendrán que el criterio para juzgar la belleza y cualquier construcción es relativo y variable, y que la forma de los edificios es diversa y mutable según las preferencias de cada cual, sin ceñirse a ninguna norma artística. Este es el típico defecto de los ignorantes: negar lo que se ignora. Estimo que hay que erradicar esta falsa opinión.

Sin embargo, no digo que considere necesario por ello indagar prolijamente sobre los principios que originaron las artes sobre las normas que las

guían, sobre los medios que las acrecientan. Bastará referir aquí lo que cuentan: que las artes fueron engendradas por la casualidad y la observación, aprendieron de la práctica y la experiencia, y se desarrollaron con el conocimiento y el raciocinio. Del mismo modo nos cuentan que la medicina es el resultado de mil años y de un millón de hombres; y que la navegación y la mayor parte de artes de este género se desarrollaron con pequeños avances acumulados (...).

Libro IX: *los ornamentos de los edificios privados* (...) (cap. 5). Vamos a tratar ahora, de acuerdo con lo prometido, los elementos que integran todos los géneros de belleza y de ornamentos, o mejor dicho, los elementos que emanan de cualquier tipo de belleza. Una exploración verdaderamente difícil (...). Empezaremos aquí observando una cuestión muy a propósito: qué es aquello que, por su propia naturaleza, produce la belleza. Los más expertos entre los antiguos nos enseñan, y ya lo dijimos en otro lugar, que el edificio es como un organismo animal, y que para delinearlos hay que imitar a la naturaleza. Investiguemos pues qué es lo que, en los cuerpos producidos por la naturaleza, hace que algunos sean considerados más bellos, otros menos bellos y otros incluso deformes. Es evidente que, entre los que se cuentan en el número de los bellos, no todos resultan ser de tal modo que entre sí no difieran sistemáticamente en nada; al contrario, constatamos que justamente en aquello mismo en lo que difieren está contenido algo, como trazado o difundido en sí, por lo que a pesar de ser muy diferentes reconocemos que son igualmente hermosos.

Pondré un ejemplo. Alguien preferirá una muchacha tierna y delgada; pero aquel personaje de la comedia antepone a todas las muchachas, porque era más exuberante y llena de vitalidad. A lo mejor a ti te complacerá más una esposa cuya forma no asemeje la de los enclenques por su delgadez, ni la de los púgiles rústicos por la rotundidad de sus miembros, sino que tenga la resultante de lo que podría añadirse a aquélla y sustraer de ésta, manteniendo sus valores. ¿Y entonces? Pero el hecho de que se prefiera a una u otra de las citadas no implica que todas las restantes carezcan de forma espléndida y conveniente; sino que el que ésta os agrade más que las demás pudo producirlo una determinada cosa – y no voy a indagar de qué se trata.

Los juicios sobre la belleza no son emitidos por la simple opinión, sino por una facultad de raciocinio innata de la mente. Ello es manifiestamente así, pues algo feo, deforme y desagradable, al momento de verlo a nadie deja de molestar y repugnar. Dónde surge y estimula esta sensibilidad mental, tampoco voy a indagarlo a fondo, sino que me limitaré a examinar entre los elementos que se nos presentan, los pertinentes al tema. En la configuración y en el aspecto de los edificios se halla ciertamente una

excelencia y una perfección de natural que estimula el espíritu y se advierte al momento. En ellas precisamente pienso que consisten la forma, la conveniencia, la hermosura y similares: quitando o disminuyendo aquéllas, al punto se degradan y desaparecen éstas. Si estamos persuadidos de esto, no resultará nada prolijo examinar aquello que se puede quitar, añadir o cambiar, principalmente en las formas y figuras. En efecto, todo organismo consta de unas partes determinadas y propias, y si se quita alguna de ellas, o se la amplía o reduce, o bien se la cambia a una posición inadecuada, resultará ostensiblemente estropeado aquello que en dicho organismo concordaba en una forma graciosa.

De lo dicho podemos establecer – sin entretenernos más en otras consideraciones de este tipo- que son tres las cosas fundamentales a las que se reduce la entera norma que estamos buscando: el número, lo que llamaremos delimitación, y la colocación. Pero hay una cosa más, resultante de la unión y conexión de todo ello, en la cual resplandece admirablemente todo el semblante de la belleza: nosotros la llamaremos armonía, de la cual diremos que ha sido ciertamente nutrida con toda gracia y esplendor. Es función y disposición de la armonía ordenar según una norma perfecta las partes que, de lo contrario, por naturaleza serían distintas entre si, modo que concuerden recíprocamente en aspecto.

De ahí que cuando con la vista o el oído o con cualquier otro sentido percibimos algo, al instante advertimos lo armonioso. Pues por naturaleza aspiramos a lo mejor, y con placer nos adherimos a lo mejor. La armonía no se manifiesta en el organismo entero o en sus partes en mayor grado que en sí misma y en la naturaleza – de modo que la entiendo como la compañera del ánimo y de la razón-. Tiene campos dilatadísimos en los cuales aplicarse y brotar. Abraza la entera vida del hombre y sus normas, influye sobre la entera naturaleza de las cosas; puesto que cualquier cosa que la naturaleza dé a conocer, todo ello está regulado por la ley de la armonía. No tiene la naturaleza otro empeño mayor que el de que las cosas que produce resulten absolutamente perfectas; pero nunca se llegaría a alcanzar sin la armonía, pues entonces desaparecería aquella superior concordancia entre las partes que se pretende. Y de esto basta.

Una vez conscientes de estas cosas, podemos establecer lo siguiente: la belleza es una especie de consenso y concordancia entre las partes, en relación al todo que constituyen, obtenida mediante un determinado número, delimitación y colocación, tal como requiere la armonía, o sea la norma absoluta y fundamental de la naturaleza. Esta armonía es seguida con el mayor empeño por la arquitectura, la cual consigue obtener con ella honor, gracia, autoridad y valor.

Todo lo que hemos dicho hasta ahora nuestros antepasados lo habían constatado en la propia naturaleza; y no dudando que si lo descuidaban no iban a conseguir nada en lo que al renombre y esplendor de la obra se refiere, certeramente determinaron que habrían de imitar a la naturaleza, la mejor artífice de formas. Por ello, y hasta donde alcanzó la capacidad humana, fueron recogiendo las leyes que ella aplica en la formación de las cosas y las trasladaron a sus propias normas arquitectónicas. Entonces, observando el comportamiento habitual de la naturaleza a propósito tanto del organismo en su conjunto como de cada una de sus partes, se dieron cuenta de que, desde los orígenes, los organismos estaban constituidos según proporciones no siempre iguales – lo cual hace que unos cuerpos resulten más delgados, otros más gruesos, y otros intermedios -; y viendo que un edificio puede diferir mucho de otro por finalidad y función, como ya explicamos en los libros precedentes, que convenía construirlos con diferencias.

Aleccionados pues por la naturaleza, hallaron tres estilos para ornamentar la casa, y les impusieron unos nombres derivados de los (pueblos) que preferían a uno u otro, o que quizá, como se dice, los inventaron. Uno era más robusto y más apto para el esfuerzo y la duración: a éste lo llamaron dórico. Otro, delgado y graciosísimo: se dijo corintio. Luego es intermedio, que estaba casi compuesto por los otros dos, se llamó jónico. Así pues, éstos fueron sus hallazgos en cuanto al organismo en su conjunto. Además de esto, dándose cuenta de lo fundamentales que eran para conseguir la belleza los tres elementos que ya hemos indicado – número, delimitación y colocación -, después de reflexionar sobre las obras de la naturaleza pusieron de manifiesto cómo habían de aplicarse los tres. Fundándose, a mi parecer, en estos principios.

- ❑ Los siguientes párrafos son tomados de PATETTA, Luciano: *Historia de la Arquitectura (Antología Crítica)*, Celeste Ediciones, Madrid, 1997. Pertenecen a *De re aedificatoria*, Florencia, 1485, 1ª versión castellana, Madrid, 1582, ed. facsímil en Albatros Ed., Valencia, 1977.

... pienso que conviene aclarar quién es aquel al que voy a llamar Arquitecto, pues no te pondré delante a un carpintero para que tengas que compararlo con hombres muy experimentados en las demás ciencias; sin duda el que trabaja con las manos sirve de instrumento para el arquitecto. Llamaré arquitecto a aquel que sepa imaginar las cosas con razones ciertas y maravillosas, y dentro de la regla, tanto con la mente como con el ánimo; así como llevar a cabo en su obra todas estas cosas, las cuales, mediante movimiento de masas, conjunción y acumulación de cuerpos, se

pueden adaptar con gran dignidad al uso de los hombres. Y para poder hacer esto es necesario que posea conocimientos de las cosas mejores y excelentes.

(...) La Ciudad según sentencia de los Filósofos es como una casa grande, y viceversa, la casa es una pequeña Ciudad; por qué no diremos nosotros que los elementos de aquellas so como pequeñas casas, como el Patio, las Logias, la Sala, el Pórtico y otras cosas semejantes? (...) Las cosas públicas pertenecen a todos los ciudadanos; es sabido que la importancia y la razón de hacer una Ciudad debe... ser ésta; que los habitantes vivan en paz y en lo posible, sin incomodidades, libres de toda molestia. Y sin duda se deberá considerar y nuevamente examinar desde el principio en qué lugar, en qué situación y con qué murallas se debe hacer (...).

### ***Las calles de la ciudad***

Es necesario que fuera de la Ciudad la vía principal sea expedita, derecha y muy segura. Cuando se acerca a la ciudad, si ésta es noble y potente, es justo que tenga las vías rectas y muy largas de forma que la confieran grandeza y majestad. Pero si se trata de una Aldea o de un Castillo tendrá una entrada muy segura sino llega directamente a las Puertas, sino que gira a derecha e izquierda junto a las murallas y especialmente bajo los torreones de éstas. Dentro de la ciudad no conviene que sea derecha, sino como un río que se tuerce una y otra vez hacia un lado y hacia el otro. Por que al parecer más larga, acrecentará la idea del tamaño de la ciudad: ciertamente tal cosa ayuda mucho a la belleza y a las comodidades del uso, y a las oportunidades y necesidades de nuestros tiempos. Pero esto no es bastante, sino que, los paseantes deben descubrir a cada paso nuevos edificios; y la salida y la fachada de todas y cada una de las casas se debe poder abarcar desde casi la mitad de la anchura de la calle, de modo que aún siendo en algunos lugares la anchura excesiva algo desgraciado y malsano, en nuestro caso, en un lugar hecho así, sea más bien sana y agradable.

### ***La belleza***

(...) ¿quién puede negar que no es mucho más cómodo habitar en un edificio bien hecho y adornado que meterse dentro de unos muros feos y despreciables? O bien, ¿qué se puede hacer con las artes de los hombres que sea tan estable, suficientemente protegido contra las injurias de otros hombres? Y la propia belleza implorará gracia a los injuriadores de modo que moderarán sus odios y soportarán no haber causado afrentas. Pero me voy a atrever a decir esto: una obra nunca estará más segura ante las injurias de los hombres que cuando sea digna y bella. Pero lo que es la

belleza y lo que es el ornato en sí mismo, y qué diferencia han entre ambas cosas, quizá lo entenderemos mejor con el ánimo, pues no me será fácil explicarlo con palabras. Pero para ser breves lo definiremos de este modo y diremos que la belleza es un concierto (*concinnitas*) de todas las partes reunidas con proporción y razonamiento en el conjunto en que se encuentren, de manera que no se pueda añadir, quitar, o cambiar ninguna cosa que no sea para empeorarlo.

Sin duda el ornamento es una cierta luz que contribuye a la belleza, y casi su realización. Con todo esto creo yo que la belleza es algo propio y natural, difundido por todo el cuerpo, mientras que el ornamento tiene algo de cosa fingida y añadida, más que natural o propia.

Nuevamente nos queda por decir lo siguiente: los que construyen de manera que quieren que sus construcciones sean admiradas, lo cual deben querer todos los sabios, son los que están movidos por la verdadera razón, pertenecen al arte, por tanto, el hecho de hacer las cosas con verdadera razón.